





[illegible]

Índice de las piezas de este tomo I.

LA NOVICIA

ó

VÍCTIMA DEL CLAUSTRO.

TRAGEDIA EN TRES ACTOS.

VALENCIA.



IMPRENTA DE DOMINGO Y MOMPIÉ.
AÑO 1820.

PERSONAS.

DON PEDRO GUEVARA, y
DOÑA EULALIA, padres de
DOÑA MATILDE, novicia en un convento de Madrid.
DON CÁRLOS, militar jóven amante de Matilde.
DON PRUDENCIO, eclesiástico.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

La escena es imutable en el locutorio de un convento.

DON PEDRO Y DOÑA EULALIA.

D. PEDRO.

No hablemos mas, señora, de este asunto;
inútil es la resistencia vuestra:
he calculado los proyectos mios,
y que se cumpla mi intencion es fuerza.
Sabeis que mi fortuna limitada,
ya mas propicia favorable ostenta
un risueño semblante. Vuestro hijo
con la boda feliz que se proyecta,
ascenderá con rapidéz. La corte,
y el empleo brillante que le espera,
son los motivos fuertes que me animan.
Al mundo ha conocido mi experiencia,
y sé que las ventajas de la vida
son siempre el primer paso que mas cuesta.
Es la felicidad de nuestro hijo
nuestra felicidad: una imprudencia
no debe malograrla. Nuestra casa
en el atraso triste en que se encuentra,
exige algun esfuerzo, y temeraria
es ya la oposicion. Está resuelta

mi voluntad en fin, y el sacrificio
tampoco es tal que intimidarnos pueda:
hace dos años que Matilde vive
en el silencio que en el claustro reina,
y que sus tiernas juveniles gracias
á consagrarse á Dios estan dispuestas;
el plan propuesto lo adoptó ella misma;
con su vida pacífica contenta,
mil veces quiso profesar: ¿y ahora....
ahora su mudanza yo creyera?
¿qué designio, qué causa alterar pudo
de su obediencia la intencion primera?
Bien es verdad que si aclararos debo
la fundada razon de mis sospechas,
nuestro pariente Cárlos es el solo
estorbo que se opone á mis ideas.
¡Pluguiera al Cielo que Matilde nunca
con ese jóven conversado hubiera!

EULALIA.

Negar no pude tan ligera gracia
al parentesco que con él me estrecha,
ni al constante interes con que me ha dado
de su amistad las pruebas mas sinceras.
Una conducta moderada en Cárlos,
virtud, nobleza y honradez se observan,
sin que de su caracter pronto y vivo
torcidos fines recelarse deban.
Su carácter ingénuo y sin embozo
detesta la doblez, nada se encierra
en su pecho que sea vergonzoso,
y asi es que siempre con candor le muestra:
nunca vió á solas á Matilde, y siempre

dirigió sus discursos la modestia,
pero ella... la infeliz... dejad que al menos
su triste estado referiros pueda.
Sois su padre, y mi esposo, y nuestros hijos
título igual á nuestro amor presentan:
sacrificar la hermana, y que el hermano
sea feliz, resolucion no es cuerda:
Matilde amó la soledad del claustro
en su primera edad. La amistad tierna
interesó su corazon sencillo,
hácia sus virtuosas compañeras;
pero despues su repugnancia he visto,
la he visto, y mi dolor...

PEDRO.

Es pasagera
esa aversion; su edad aun no conoce
lo que debe elegir.

EULALIA.

Veces diversas
mi sobresalto disipar queriendo,
me habeis dado, señor, igual respuesta:
pero Matilde, el doloroso llanto
que de continuo sus megillas riega,
me agovia y me estremece: vuestro empeño
por otra parte, á mi dolor se niega,
y decidido estais. Al pecho mio
llega la voz de la veráz conciencia
y del materno amor. Siempre mi acento
ha de oponeros una resistencia:
tiempo es aun. Si revocais bondoso
una resolucion que es tan funesta,
la hija y la madre á vuestros pies postradas

su gratitud os mostrarán sincera.
Digno será del corazon de un padre
el placer que tendreis, cuando las tiernas
lágrimas de esa víctima infelice,
por vuestras manos enjugadas sean.
Mayor ventaja encontrareis sin duda
en esta accion, que en la esperanza incierta
de esas grandezas frívolas, y vanas
que tardan siempre y que tan caras cuestan.

PEDRO.

Con vuestra obstinacion me estais cansando:
es la sentencia irrevocable, y fuera
temeridad ceder. Hoy mismo debe
Matilde profesar. Hoy mismo esperan
nuestros parientes para el fin propuesto.
La santa ceremonia está dispuesta,
y una mudanza repentina es cierto
que mi opinion y crédito ofendiera.
Pero el empeño que mostrais no debe
sorprenderme. Yo sé la intencion vuestra;
se que no amais á Felix vuestro hijo.

EULALIA.

Y yo sé responder á esa sospecha
que si prudente madre algunas veces
de Felix reprendí las ligerezas,
si he reprimido su feroz carácter,
ha sido siempre maternal terneza
la norma de mi voz: No cumpliria
el deber que dictó naturaleza
si no le corrigiese.

PEDRO.

Yo no juzgo

que la conducta de ese jóven sea
como pintas viciosa. Antes bien veo
que las gentes le buscan y le aprecian.

EULALIA.

Le buscan sí. Su educacion ha sido
brillante y escogida: mas me inquieta
su genio altivo, su carácter duro
me hace temer funestas consecuencias.
Ni es justo, ni es sencillo; ni tampoco
por la verdad su inclinacion demuestra.
Es ingrato ademas, y nunca he visto
que hable y se anuncie con la faz serena,
y con franco ademan; siempre orgulloso
los méritos agenos menosprecia
y exagera los suyos altanero:
¡con qué insultante tono, su imprudencia
habla y escribe del marques de Orcello!
El marques pretendió la mano bella
de su futura esposa, y esto es solo
lo que tanto le irrita y desespera:
si este rival sus amenazas supo,
si su conducta averiguó indiscreta,
qué no debe temerse? Una palabra,
cuánta inquietud á veces acarrea!
Pero un momento conformarme quiero
con la opinion que os alucina y ciega.
Merezca Félix el amor sin tasa
que ha obtenido de vos: ¿razon es esa
para olvidar á la infeliz Matilde,
para oir sin piedad sus tristes quejas,
y para hacer que víctima inocente
su juventud sacrificada sea?

Ah esposo! vuelve en tí. Vésla que implora,
tu compasion, que dispensarle es fuerza.
Dispénsala.

PEDRO.

Se debilita siempre,
Eulalia, lo que mucho se exagera.
Matilde ahora en el afan que sufre
te aflige con su pena pasagera.
Pronto verás que su dolor termina.
Su corta edad y el trance en que se encuentra
la hacen creer desgracias que no existen,
y el por venir la asusta y amedrenta.
La reflexion y la experiencia, el santo
retiro que los claustros le presentan,
y la necesidad vuelta en costumbre,
del tiempo unida á la invencible fuerza,
acallarán su oposicion; y un dia
bendecirá lo mismo que hoy detesta.
Lo que no se conoce, no se envidia.
Si ya Matilde conocido hubiera
el brillo seductor que el mundo ofrece,
yo temblaría con la sola idea
de su peligro atroz. Pero este sitio
y un colegio no mas, la primavera
pasar han visto de su edad florida,
y es fácil reducirla y convencerla.
He llamado á este sitio á D. Prudencio:
sabeis que este eclesiástico presenta
de virtud un modelo en su conducta:
sabeis que su evangélica elocuencia
arrebata y conmueve . . . con Matilde
en secreto va á hablar. Su conferencia

me anuncia el fin mas próspero: discurro
que la consolará: pero él se acerca.

ESCENA II.

D. PEDRO, DOÑA EULALIA Y D. PRUDENCIO.

PEDRO.

Venid, señor: de vuestro auxilio imploro
la prudente y benéfica asistencia;
venid y consoladnos. Nuestra hija
siente del mundo hácia la vida expuesta
alguna inclinacion. Será preciso
que los peligros de su gusto entienda,
y que vuestros consejos saludables
á su primera inclinacion la vuelvan;
mostradle su deber: todo lo espero
de vos; mi confianza es sin reserva,
cuando á vos me dirijo.

PRUDENCIO.

Yo agradezco
todo el favor de las palabras vuestras:
sé las obligaciones que me impone
mi santo ministerio, y la prudencia
que me debe guiar. Si vuestra hija
la aversion siente que indicais, es fuerza
que antes de responderos yo la escuche:
que estudie su carácter, y que lea
todo su corazon. Antes no puedo
ni dudas daros, ni esperanzas ciertas.
Despues de haberla oido, estad seguro
que la verdad pronunciará mi lengua.

PRUDENCIO.

¡Hija querida,
volved en vos, volved: abandonada,
no estais aun. Si un padre necesita
vuestra amarga afliccion, yo soy el vuestro:
vuestro estado y edad, vuestras desdichas,
claman contra violencia tan horrenda,
y al corazon mas duro ablandarian.

MATILDE.

¿Imposible será? Vos mi defensa
tomaréis? ¿qué escuché? ¡Piedad benigna,
celeste defensor! ¿Y vos piadoso
ofreceis y cumplís? ¡Ah, bien deciais!
Vos sois mi padre.

PRUDENCIO.

Hablad sin que fingidas
vuestras palabras, ó Matilde, sean.
La indulgencia de Dios os examina,
y mentir no debeis... Calmad un tanto
la triste agitacion... De mi venida
recelo no tengais. Hace ya tiempo
que conozco muy bien á la familia
á quien debeis el ser. Puros, tranquilos,
me han dicho que pasabais vuestros dias
en esta santa soledad. Contando
el tercer lustro de la edad florida,
ya de este claustro en el recinto bello
os llamasteis feliz. Veces distintas
oí alabar vuestro naciente zelo,
y vuestro amor á la quietud sencilla,
que estos muros ofrecen: ¿pero acaso
me engañaron? Hablad.

MATILDE.

Ví que á porfía
mis hermanas me amaban, é indiscreta
no imaginé el deber que me imponian.
¿Ni cómo pude penetrar entonces
esta que sufro bárbara desdicha?
Mi inexperiencia y corazon incauto
cedieron á la dulce perspectiva
que me pintaba la impresion primera
de mi felicidad.... Es de la vida
fácil el bien en los primeros años:
yo infelice, juzgué que aquí hallaría
ese bien para siempre... Los extremos
del cariñoso amor con que veía
tratar mi juventud; el delicioso
deseo de querer y ser querida:
las preocupaciones de las otras
que llegaron por fin á serlo mias;
todo lo que del mundo y sus costumbres
continuamente referir oía;
la amistad de mis tiernas compañeras,
y en fin mi gratitud á sus caricias,
fueron la causa de mi dicha entonces,
y sin saberlo me engañé á mí misma.

PRUDENCIO.

Estos motivos muy loables fueron,
y ese el efecto que causar debian.
¿Pero de dónde la mudanza nace
hija mia, que tanto hoy os contrista?
¿Quién vuestro corazon asi cambiando
convierte en luto las primeras dichas?
¿Cuál es vuestro dolor?

MATILDE.

Vais el suceso
á escuchar que decide de mi vida,
mientras el alma á su fatal recuerdo
se aterra y estremece todavía.
Era la noche, y sosegado el mundo
en lúgubre silencio se envolvia,
cuando del lecho de la muerte cerca,
con mi penosa obligacion cumplia.
Una de mis hermanas moribunda
de dolor y de llanto consumida,
iba á exhalar el último suspiro,
y el término á buscar de sus desdichas.
Era mi amiga, y señalar queriendo
mi zelo, y el deber de una novicia,
testigo fuí de los horrores tristes
que sufrió la infeliz en su agonía.
De un sacerdote las palabras santas
las máximas solemnes repetian
que sagradas y puras nos ayudan
en las últimas horas de la vida.
Mas viéndola obstinada en el silencio,
unos cortos instantes se retira,
mientras yo cerca de ella contemplaba
lo que tan fiero trance nos inspira.
La triste monja suspirando entonces
hácia mí vuelve la espantada vista,
fijos en mí sus expresivos ojos
la faz desencajada y las mejillas
de moribunda amarillez cubiertas,
hizo un esfuerzo con que hablar queria.
O Dios! ¡Sus voces, sus postreras voces

jamas saldrán de la memoria mia!
Jamas... Ni cómo es facil que yo pueda
sin temblar recordarlas? » Ay! Querida
Matilde, prorrumpió, víctima triste,
alucinada como yo, y perdida,
huye de este recinto doloroso,
donde tu juventud se sacrifica.
Tu sencillez incauta desconoce
el riesgo á que te encuentras reducida.
Ve que vistiendo el trage de la tumba
el despotismo te amortaja viva.
¡Ah, infeliz! No le aceptes, no le aceptes;
no quieras deslumbrada y seducida,
con tardío y fatal remordimiento
seguir el rumbo de las penas mias.
Engañando tu crédula inocencia,
conozco las ventajas que te pintan,
las conozco, Matilde, estos asilos
obscura tumba de mi triste vida
han menester que puro el alvedrío
los busque libremente y los elija.
Huye, infeliz Matilde, y que un egemplo
rompa el engaño que á morir te guia
cual tu amiga infeliz; huye y no escuches
la voz de la fanática perfidia.
No la escuches: contempla mi destino,
y el triste orígen de las penas mias.
Deseando espirar aquí se vive,
maldiciendo el vivir aquí se espira."
Dijo; y despues el lastimoso efecto
de un desgraciado amor que la afligia
me contó la infeliz. La silenciosa

viudez del claustro, y su pasion activa
habian consumido su existencia.
El último clamor de sus desdichas
sonó en mi oido y se estampó en el alma
para nunca salir. La dolorida
voz de la muerte, y lívidos los labios
que tan fatal suceso referian,
nuevo interes á su dolor prestaban.
No pude resistir, desfallecida
caí en su lecho, y abundoso el llanto
por mis ojos corrió. ¿Cómo podia,
¡Dios de bondad! en tan terrible instante
no mezclar con sus lágrimas las mias?
La compasion que por la vez primera
se dolió de los males de mi amiga
dulcificó la angustia de su muerte.
Yo que en sus brazos la impresion veía
de su debil esfuerzo cariñoso,
de sentido me ví destituida,
y ella ¡ó memoria! el postrimer suspiro
entretanto exhaló. Ya no vivia
cuando me recobré; sus yertos brazos
que me estrechaban; sus mejillas frias;
sus entreabiertos párpados, do impresas
del dolor las señales se advertian;
todo anunciaba que murió pidiendo
que me librara Dios de igual desdicha.

PRUDENCIO.

¡Ah padres inhumanos! Ved la obra
de vuestra crueldad.

MATILDE.

Siempre á mi vista

presente estuvo su funesta imágen;
juzgué que á todas partes me seguia
y aun ahora mi espíritu agitado
igual funesto fin me pronostica.
¡Oh supremo Hacedor! Pudo engañarme,
pudo engañarme la infeliz amiga?...
No. En el trance tremendo de la muerte,
no se engaña jamas. La verdad brilla
con su pureza inalterable y fuerte:
no hay quien entonces su poder resista.
Tales, señor, mis reflexiones fueron;
el presagio del mal desde aquel dia
cubrió de espanto el alma de Matilde
¿Y qué? por todas partes (me decia).
Por todas partes hallaré el engaño?
Así mis padres contra mi conspiran?
Tales ideas mi penar crecieron.
La soledad del claustro estremecia
mi acalorada mente, y con el alma
el voto detesté que me pedian.
Para aliviar mi solitaria angustia
pensé que al menos la pasion activa
no me inflamaba del amor terrible,
que ocasionó la muerte de mi amiga,
entonces, ay! ni el seductor veneno
cuyos estragos contemplé afligida,
ni sus funestas impresiones fuertes,
emponzoñaban la existencia mia....
Pero huyó de Matilde aquel reposo
como sombra fugaz.

PRUDENCIO.

Hija querida,

engañe al Cielo, al mundo, y á mí misma.

PRUDENCIO.

Hija amada, escuchad. El candor vuestro
y esa franqueza que os caracteriza,
agradan mucho á Dios, y las aprecio.
La ofrenda involuntaria que extermina
en vos la libertad, yo la repruebo
con nuestra santa Religion divina.
Yo la repruebo si infeliz os hace,
que el supremo Hacedor libres nos cria,
y servirle podémos y adorarle
en todos los estados de la vida.
Pero si un punto á la razon volviendo
podeis la calma recobrar perdida;
ver en la soledad que el claustro ofrece
la senda abierta de la eterna dicha.
Ved que ese amor profano que os devora
no debe aquí reynar; y que algun dia
vuestra pasion se extinguirá, y acaso
este retiro apreciareis vos misma.
Me llamais tarde, pero sé el proyecto
de vuestro padre: sé que decidida
la boda está de vuestro hermano, y creo
que esperan profeseis en este dia.
La palabra que tanto os atormenta
la empeñasteis sin cálculo vos misma,
y es mas dificil retractarla ahora
que entonces facil darla y recibirla.
Tan árduo empeño, sin embargo nunca
puede arredarme: obligacion es mia
de la santa verdad con el lenguage
mostrar los males que causar podrian.

Yo los diré: la urgencia del peligro
no permite esperar. Se debilita
vuestra salud y retardar conviene
la santa ceremonia á que os instigan.
Si vuestro padre persevera airado,
si mis reconvenciones desestima,
cumplido habré mi obligacion sagrada
y mi conciencia quedará tranquila.
Yo debo protegeros: se lo debo
á mi estado y a vos: el Cielo mira
vuestra aflixion... Si necesario fuese
que venzais el amor que os martiriza:
él os dará su soberano auxilio,
él su influencia os prestará Divina.
Matilde no temais; tranquilizaos:
un Dios consolador en las desdichas
no abandona al mortal. Con mi asistencia
algunas veces permitid que os diga
de mis esfuerzos la eficacia ardiente,
y la parte que tomo en vuestra dicha.
Creed que en todos tiempos por lo menos
podreis hallar en la borrasca impía,
Dios y vuestras virtudes; una madre,
y un amigo que el Cielo en mí os envía.

ESCENA V.

DON PRUDENCIO solo.

O Dios! servirte es abrazar su causa.
La sacrosanta Religion me dicta
defenderla y salvarla. La inocencia

gime oprimida, y se corrompe y vicia
en un pecho abatido. Dios clemente!
que ves el celo que tu fe me inspira,
apoya mi clamor: lleguen mis voces
por celestial influjo dirigidas
al engañado corazon de un padre,
lleguen: y aquesta víctima afligida
siendo dichosa, á las virtudes vuelva,
adore tu bondad y te bendiga.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DOÑA EULALIA Y DON CÁRLOS.

EULALIA.

¿D. Cárlos qué intentais? Vuestra venida
puede exponernos á mayor peligro,
y ofendiera á mi esposo. Su caracter,
que ya tendreis sin duda conocido,
me hace temblar.

CARLOS.

Y qué? Podria acaso
retroceder de los intentos mios,
por un débil temor? ¿Ni qué me resta
que perder cuando todo lo he perdido?
No puede intimidarme la presencia
de D. Pedro jamás; ni hallo motivo
de respetar su decision terrible,
cuando lleva á Matilde al sacrificio.

Y vos lo permitís? ¿Y condolida
no mirareis su llanto, y los suspiros
de su suerte infeliz?

EULALIA.

Siempre D. Cárlos
nuestro dolor impetuoso ha sido.
Pero qué pretendeis? veis mis pesares;
veis las congojas, y el cruel martirio
que sufro sin cesar, ¿y aun fundais quejas
de que jamás mi corazon fué digno?
De mi esposo el carácter inflexible
quise cambiar inútilmente; he visto
que la ambicion de la opulencia es solo
de su continuo afan el incentivo,
y que su pecho á la razon se niega:
no es un malvado; pero siempre altivo
juzga que nadie en opinion le excede,
y el dañoso interés le ha pervertido.
Llama debilidad á nuestras penas;
á nuestro ruego error, el atractivo
de su futuro bien estar, le engaña,
y alucinado con sus falsos juicios
no siente el sacrificio de la hija,
buscando con ardor el bien del hijo.
¡Cuántas veces me opuse, pero en vano!
Tambien busqué en D. Felix patrocinio,
y todo en vano fué. No es de su hermana
la desventura la que habrá podido
mudar su corazon. Protextaciones
de zelo, de amistad y de cariño,
son faciles en él; pero prodiga
el labio lo que el alma no ha sentido.

El mismo ha pervertido su caracter;
de poderosos el favor y brillo,
con el próximo enlace que le aguarda,
pábulo dieron á su genio altivo.
¿Qué mas me resta hacer?

CARLOS.

El mas culpable
es ese hermano ingrato y corrompido.
El se goza de un mal que solo él causa,
su himeneo, su fausto y su destino,
son el fruto de un crímen. De Matilde
no se escuchan los míseros gemidos;
y la inocente víctima entre angustias
vive olvidada de su hermano mismo.
Un hermano! qué horror! El alma apenas
crédito quiere dar á lo que ha visto!
¿Y ese cruel, para mayor desgracia,
de la solemnidad será testigo?
¿Debe en el sacrificio de su hermana
encontrarse tambien?

EULALIA.

Ese peligro
es el mayor, D. Cárlos. Su contienda
con el marqués de Orcello; el tono indigno
conque le insulta; la altanera furia
conque se ha declarado su enemigo;
y el himeneo que le ensalza, en tanto
que su rival se mira despedido;
son circunstancias que á temer me obligan
este encuentro fatal. Mi esposo quiso
que asistiera el Marqués, y entrambos deben
hallarse por mi mal en este sitio.

Tal reunion pudiera ser terrible;
que un vencedor, por serlo aborrecido,
si une á su triunfo el irritante orgullo
se adqniere mas rencor con el vencido.
¿Pero á vos, qué esperanza es la que puede
á esta funesta escena conduciros?

CARLOS.

Yo de mi suerte cerciorarme quiero.
Pretendo por mis ojos ser testigo
de la horrible catástrofe que acaba-
de hacerme desdichado en mi conflicto.
Aun conservo, señora, la esperanza
de que no llegue al colmo el sacrificio.
Acaso un fin mas próspero dispone
el Cielo á tanto mal. Pero qué digo?
¡Necia ilusion que á mi deseo engañas!
Todo en un corazon endurecido
se debe recelar, todo lo creo.
Yo he tomado, señora, mi partido
y mas no me vereis. Tierras remotas
veran el fin de mi fatal destino.
Se que en el sitio do los pasos guie
hallaré el crímen; sé que son los mismos
los hombres donde quiera, que no hay medio
de calmar sus pasiones, que el inicuo
oprime la virtud, que ésta no puede
contra el sordo interés hallar abrigo;
que en todas partes el candor se ultraja,
que en todas partes se oyen los gemidos
de la inocencia desvalida y pobre,
por el tráfico vil de los delitos....
Lo sé; pero aunque sea desdichado

léjos del clima que nacer me ha visto,
de mis tiranos el aspecto odioso,
no volverá á espantar los ojos mios.
Pero ay triste! qué error! En todas partes
tendré á la vista, y con recuerdo fijo
el momento fatal que de Matilde
sepultó su existencia en el olvido....
Ese torno, esta reja, en todas partes
en mi mente estarán.... En este sitio,
bien me acuerdo, aquí fué la vez primera
que contemplé su soberano hechizo:
aquí fué do perdí yo para siempre
la dulce libertad de mis sentidos:
aquí escuché el anuncio de mi dicha,
y aquí el decreto de mi muerte he oido.

EULALIA.

Calmad D. Cárlos la impaciencia vuestra.
Aun nos queda, aunque corto, algun indicio
de vencer el rigor.

CARLOS.

Cómo? Ah, señora!
será verdad? entre el temor vacilo
y la dulce esperanza!..

EULALIA.

Sí, D. Cárlos;
aun es dado esperar. Hoy ha venido,
por mi esposo llamado, D. Prudencio,
aquel pastor tan apreciado y digno,
en todo tiempo á socorrer dispuesto
del infortunio el infeliz gemido.
Sabe ya bien el lamentable estado
de nuestra suerte; sabe mis designios:

y su virtud y su elocuencia emplea
buscando nuestro bien. En este sitio
habló á Matilde, y conoció su estado;
ya los arcanos de su pecho ha visto
sin fraude, ni doblez. Sé que á D. Pedro
debe hablar; que reprueba el excesivo
rigor de un padre alucinado y ciego;
que quiere hacerle ver que al Cielo mismo
ofende esta violencia; y que se arriesga
la vida de Matilde.... yo le he oido
este santo lenguage.... su presencia,
su augusto ministerio, el atractivo
de la piedad sagrada, y sus virtudes,
á una justa esperanza dan motivo.
Esperémos D. Cárlos.

CARLOS.

A lo menos
un rayo es de consuelo. Yo respiro
con esa pura y deliciosa idea.

EULALIA.

D. Prudencio se acerca. Aquí imagino
que á mi esposo ha de ver. Y vos D. Cárlos,
la cautela lo exige, y es preciso
que el éxito aguardeis.

CARLOS.

¡Hasta qué extremo
me conduce el rigor de mi destino!
Ya escuché que la vida me conceden,
ya de mi muerte el fallo decisivo;
yo volveré, señora.... En este dia
ó mi desdicha ó mi ventura cifro.

ESCENA II.

DOÑA EULALIA, DON PRUDENCIO.

PRUDENCIO.

Matilde ha menester de la presencia
de su adorada madre, y del auxilio
de su eficaz virtud. Id Doña Eulalia,
y consolad su afan.... Yo en este sitio
espero á vuestro esposo.

EULALIA.

Las congojas
de mi esposo sabeis. Yo solo vivo
por la esperanza que me dais.

PRUDENCIO.

Señora
si confiais, que sea en el divino
omnipotente Ser, de él solo pende
nuestra existencia y dicha. Son sus juicios
justos é impenatrables. El dispone
del mísero mortal.... Soy un ministro
de su sagrada Religion piadosa:
sé mi deber, y ante mi Dios me humillo.

ESCENA III.

DON PRUDENCIO.

Ojalá pueda mitigar sus males!
Madre infeliz! Desventurados hijos!

ESCENA IV.

DICHO Y DON PEDRO.

PEDRO.

Y bien, señor? ¿Matilde se resigna
de vos aconsejada, á mis designios?
Calma su oposicion?

PRUDENCIO.

La verdad sola
os ofrecí, D. Pedro.... el labio mio
os dira la verdad. Cuando los Cielos
esta hija os dieron; cuando el fruto digno
de vuestra tierna union, el respetable
nombre de padre os añadió el destino:
¿No jurasteis, señor, no prometisteis
tácitamente á Dios, y aun á vos mismo,
asegurar con la experiencia vuestra
su inocencia, su paz, y darla abrigo?
¿No fueron estos los intentos vuestros?

PEDRO.

Estos debieran ser, y esos han sido.

PRUDENCIO.

¿Y ese santo propósito, ese santo
juramento, señor, habeis creido
que se puede violar?

PEDRO.

Inalterable
está en mi corazon.

PRUDENCIO.

Pues yo el divino

Nombre tomando del Señor, que entonces
vuestro sagrado juramento ha oido;
yo de la humanidad las santas leyes
implorando en favor del desvalido,
os anuncio, D. Pedro, que Matilde
en el trance espantoso en que la miro
es infeliz por vos, y que su pecho
detesta el voto que la habeis pedido.
Dios tambien le reprueba, si insensible
permaneceis en vuestro atroz designio,
su salvacion y la existencia arriesga,
y vos respondereis de su peligro.

PEDRO.

Su salvacion?

PRUDENCIO.

Ese temor, acaso
mas que el de verla muerta, ha sorprendido
vuestra imaginacion. Ambos no obstante
deben extremeceros, y advertiros
que el tiempo es corto, que la urgencia es grande
y que es un crímen vuestro injusto olvido.
Pensadlo bien, señor; es vuestra hija,
y la infeliz camina al sacrificio.
Obedecido estais, ya la he escuchado,
yo la inocente sencilléz he visto,
de su alma pura y cándida: sus labios
de su terrible oposicion me han dicho
el invencible obstáculo. En el Claustro
sus bellos ojos por el mal rendidos,
lágrimas tristes verterán sin tasa
de desesperacion: y arrepentido,
vereis culpable monja, la que pudo

ser de virtud modelo para el siglo.
El celo que del mundo nos separa
debe ser puro, como el Cielo mismo;
que la violencia abate y esclaviza
por ser ofensa al Hacedor divino.
Cuando Matilde exánime, abatida,
perjura sea, y fuerce su alvedrío;
ya el daño entónces sin remedio queda,
y tiempo no será. Pensadlo os digo...
Para perderla la ocasion os sobra,
para salvarla no hallareis arbitrio.

PEDRO.

Vuestro lenguage sorprenderme debe.
Yo para mí, señor, habia discurrido
que, vacilando en su eleccion Matilde,
vuestros discursos religiosos, píos,
con sólidas razones apoyados,
la hubieran animado y dirigido.
Yo debiera esperar....

PRUDENCIO.

¿Y qué discurso,
qué sólida razon habeis creido
que se puede encontrar? ¿Y vos, D. Pedro,
vos me hablais de este modo? ¿Vos, ministro,
y órgano de las leyes que mantienen
de la dicha social el equilibrio?
Vos que en los tribunales donde tiene
la inflexible justicia su dominio,
alzais la voz de la violencia en contra,
y el anatema pronunciais del vicio:
vos, no las avergonzais de ser injusto,
y lo que condenais haceis vos mismo?

Si contra la opresion establecieron
las leyes un derecho; si le ha habido;
si siempre le hay entre los mismos hombres;
¿Habeis un solo instante discurrido
que el cielo es menos justo que la tierra?
¿Que puede acaso recibir propicio,
el tributo perjuro que le envia
un alma que predica despotismo?
¿O solo sois con vuestra propia sangre
inflexible y tenáz? ¿ó persuadido
estais de una exencion cuando se trata
de la felicidad de vuestros hijos?
Ah! Los santos asilos que consiente
la pura Religion en que nacimos,
no son, no son los que por tantas veces
pretexto infame del rigor han sido.
De Dios el brazo ya se alzó, y los hombres,
de tan ciegos errores convencidos,
bendicen ya la mano de un gobierno
humano, justo, religioso y pio,
que la sagrada Religion respeta,
y que arranca la venda al fanatismo.
Ya me oisteis, señor... Matilde espera
de vos la decision de su destino...
Si desdeñais su lastimoso llanto,
si la desesperais, es un delito
que os debe horrorizar. La vez postrera
es esta, la postrera que os lo digo:
y pues nada os ocultan mis palabras,
cumplid vuestro deber; yo cumplí el mio.

ESCENA V.

DON PEDRO.

Conozco á donde pueden conducirme:
conspiran contra el padre y contra el hijo:
no lo puedo dudar.

ESCENA VI.

DON PEDRO, DOÑA EULALIA, MATILDE, y despues DON CÁRLOS.

PEDRO.

Venid, señora,
gozad del triunfo que á despecho mio
acabais de lograr; conozco y veo
de D. Prudencio el interés activo,
y la amistad sincera conque os sirve:
tambien conozco en ella los arbitrios
de vuestro celo, y el afan y empeño
que me indicaron vuestros labios mismos.
Sí; pero el resultado no acobarda
de mi resolucion el plan prescrito.
Matilde, no hay remedio; os he anunciado
con claridad bastante mis designios,
y cumplirlos debeis. Aun no ha pasado
la mitad de este dia, y es preciso
que dócil á la voz de Dios que os llama,
deis á la reflexion vuestros sentidos.
Si vuestro corazon sencillo un dia

dejó de serlo ya; si pervertido
vacila y teme ahora; yo no puedo
mudar, Matilde, los proyectos mios.
Vos misma, vos, de esta mansion sagrada
elegisteis el método tranquilo;
y el Cielo ha señalado ya la hora
en que de modo irrevocable, y digno
de un puro corazon, debe fijarse
para nunca cambiar vuestro destino.
Conozco la intencion que aquí os conduce,
A D. Cárlos.
pero inútil será... vuestros designios
nada pueden mudar... Id á la iglesia
y un asiento hallareis.

MATILDE.

O Dios, Dios mio!
D. Cárlos es... ¡Ah madre de mi vida!

CARLOS.

¿Y es eso lo que habiais ofrecido?

MATILDE.

Ah, Padre, perdonad. Vuestro lenguage
me hace temblar. Horrorizada sigo
de vuestra voz el eco, un pavoroso
terror se esparce por los miembros mios.
Vuestros discursos, para mí terribles,
me atemorizan mas que el voto mismo
que arrancarme quereis. Conozco y veo
que hácia Matilde se extinguió el cariño
de vuestro corazon. A vuestros ojos
soy una extraña, y vuestro amor antiguo
es todo entero de mi hermano. Sea,
sea, señor. Yo nada os he pedido,

nada os quiero pedir, mi hermano alcance
de la fortuna el esplendor y el brillo,
que yo feliz seré con tantos bienes,
si mi preciosa libertad consigo.
¿Por qué en tan triste y bárbaro destierro
sepultarme quereis? ¿Por qué delitos
soy arrancada del paterno seno?
¿Qué hice, infeliz de mí, que así me miro
alejada del mundo, despreciada,
y profanados los derechos mios?
uno me reste solo, que á lo ménos
en el hogar pacífico y tranquilo
Matilde exista, en que sus padres viven,
y que con ellos, bajo un techo mismo,
de la santa virtud siga las leyes,
su bondad mereciendo y su cariño.
Harto he vivido separada y lejos
del hogar paternal en que he nacido,
y acaso esta funesta y triste ausencia,
de vuestro corazon ha destruido
el tierno afecto del amor paterno.
Yo vuestra siempre soy. El Cielo quiso
que el tierno nombre de mi padre os diera,
y el Cielo quiere que mi fiel cariño
este dictado tan feliz repita
á vuestro corazon... Ah, padre mio!
Mirad mis tiernas lágrimas; miradme
postrada á vuestros pies. Mirad que pido
de mi suplicio el término: miradme
abatida, llorosa y sin auxilio
si vos no me le dais. ¿Podreis acaso
á mi agudo dolor no dar oidos,

ser insensible y con atroz dureza
vos mismo conducirme al sacrificio?

PEDRO.

Matilde, alzad: vuestro dolor me aflige;
pero vos misma encontrareis alivio
en vuestra propia reflexion, y el tiempo
sepultará ese mal en el olvido.
Ved además la obligacion terrible
en que me encuentro. Ved mi compromiso
inevitable, y conoced mi suerte.
Una familia ilustre, que el destino
quiere unir á la vuestra, las ventajas
de nuestra casa...

MATILDE.

¿Y vos podeis tranquilo
gozar, señor, de los honores tristes
que comprais con mi llanto y mi martirio?

PEDRO.

Acabará ese llanto...

MATILDE.

En el sepulcro

Con vehemencia.

acabará no mas. No hay mas alivio
para mí que la muerte.

PEDRO.

La esperanza...

MATILDE.

La esperanza? Por siempre la he perdido.
Aquí no hay esperanza.

Con mayor vehemencia.

PEDRO.

El Cielo...

El Cielo!

Extremo de desesperacion.

¿Puede el augusto Cielo ser motivo
para hacerme infeliz? Ah! ¿Quiere el cielo
que de Matilde se haga un sacrificio?

PEDRO.

Ea basta... Pedís un imposible.

CARLOS.

Ah, cruel! ¿Y podeis de su conflicto
no doleros jamás? Podeis insano
verla correr á su último exterminio?
¿Su virtud y sus lágrimas no os mueven?

PEDRO.

¿Y vos, quién sois, para que así atrevido
su defensa abraceis? ¿Quién aquí os llama?
¿cuál es vuestro derecho?

CARLOS.

Cuál? el mismo
que dan la humanidad y la inocencia.
De su justicia el penetrante grito
al Cielo llega, y defenderla debo.

PEDRO.

Sé el interés que os mueve: sé el motivo
porque apoyais su causa.

CARLOS.

Lo confieso
sin doblez ni rubor: no es un delito
el amor virtuoso. Yo la amo,
sí, su candor merece mi cariño,
y su virtud exige mi constancia.
Esta pasion terrible que he sentido

es la primera en mí; y es la que siempre,
hasta la tumba fria irá conmigo.
Por qué ocultarla ya? Yo he respetado
su estado y juventud. A pesar mio,
en el silencio mi terneza envuelta,
nunca su extremo revelarla quiso;
jamás, jamás. Mas vuestras voces oigo;
me acusan y me ultrajan; ya que miro
próximo el fin de la esperanza hermosa
que alucinó mi corazon sencillo;
ya que voy á perderla, es bien que diga
lo que manda el amor y el Cielo mismo.
Hablo por ella, y no por vos. La suerte
aquí me llama, para ser testigo
de su extrema afliccion. Basta ser hombre
para poder juzgaros, y advertiros
el riesgo atroz en que poneis su vida.
Si á la naturaleza habeis debido
de padre el nombre, nunca os autoriza
para usar de rigor tan excesivo.
¿Con qué derecho la oprimís? ¿Acaso
la diste el ser para quitarle impío
su libre voluntad? ¿Para agoviarla
con la cadena en que gemir la miro?
O Dios, qué horror! ¿Y puede impunemente
ser el padre un tirano de sus hijos?
¿La juzgais indefensa? Pues oidme.
El infortunio triste y desvalido
es respetable, y de mayor apoyo
se hace merecedor. Su llanto es digno
de interesar á la virtud: su causa,
es la causa del bueno, que afligido

pide al Cielo venganza, cuando injustos
los mortales desprecian sus gemidos.
Vos la ultrajais; pero la escucha el Cielo,
y Dios la sostendrá.

PEDRO.

¿Qué es lo que he oido?
¿Audacia tanta en la presencia mia?
Temerario! ¿Por dónde habeis creido
que ese amor insensato excusar puede
tan insolente arrojo? ¿Y sois vos mismo,
y lo osais confesar, el que imprudente
su cándida inocencia ha seducido?
¿El que la incita á la desobediencia,
y á desesperacion la ha reducido?
¿El que mi casa á la discordia entrega,
sembrando disension entre mis hijos?
Sois vos? ¿Y deslumbrado todavía,
cuando consejo ni razon os pido,
estos lugares profanais sagrados,
y os erigís en árbitro vos mismo?
¿Sabeis que soy su padre?

CARLOS.

¡Vos su padre!
Sedlo, señor, y á vuestros pies rendido...
Ah! pero no lo sois!

EULALIA.

D. Cárlos!

PEDRO.

Tiempo
no es ya, señora, de aplacar el brio
de su temeridad. La culpa es vuestra;
vos lo habeis amparado y protegido;

vos sois la causa de la afrenta mia.

EULALIA.

Yo, Santo Dios!

PEDRO.

Vos sola. Si al principio
visteis el riesgo, detenerle fuera
vuestra primera obligacion. Arbitrio
no teneis de defensa... Vos, Matilde,
aun podeis aplacar el rencor mio.
La cólera de un padre es muy terrible;
sus efectos temed: obedecido
quiero ser sin tardar... Si todavía
de un ciego error arrebatada os miro;
si vos, señora, sosteneis su empeño,
entonces separaros es preciso.
Yo renuncio á la madre y á la hija.
Vos causareis, Matilde, este conflicto:
la maldicion de un irritado padre
suele caer en los rebeldes hijos,
y temerla debeis. Temed....

MATILDE.

Qué escucho?
El corazon se espanta. Ah, padre mio!
tu maldicion suspende: ¿la merezco,
cuando prostrada á vuestros pies os pido
que mis penas amargas os conmuevan?
¿cuando abismada en mi dolor, suspiro,
y vuestro auxilio imploro? ¿cuando veo
la hora llegar de mi cruel suplicio?
entonces, ay! entonces mas terrible
me amenazais con el postrer castigo
de un hijo criminal. Ah! Yo aborrezco,

yo aborrezco el vivir....

EULALIA.

Matilde!

MATILDE.

Y vivo?
¡Y vivo para ser tan desdichada!
Dios vengador! ante tus pies divinos
me postro, y esta mísera te pide
venganza de opresion: al desvalido,
jamas, señor, jamás desamparasteis.

EULALIA.

Matilde, hija!

MATILDE.

Infeliz, qué es lo que digo?
¿Hablo á mi padre, y puedo alucinada
faltarle, y ofenderle? No, Dios mio,
no me escucheis... yo muero...

CARLOS.

Desgraciada!
O Dios!

Viéndola desmayada, va con precipitacion á tocar la campana del locutorio: Don Pedro se lo impide.

PEDRO.

¿A dónde os lleva el desvarío
de vuestro loco ardor? ¿Quereis ahora,
perturbar la quietud de este retiro,
divulgando el escandalo?

CARLOS.

Qué importa?
¿Qué importa todo, si el postrer suspiro
está pronto á exalar?

EULALIA.

Mas sosegados,
ven sus ojos la luz... volved os pido,
volved, y socorredla.

MATILDE.

Dios sagrado!
mi espíritu esforzad...

Va á levantarse, y viendo de repente á su padre, se arroja en los brazos de la madre.

Pero qué miro?

CARLOS.

¡Ved este objeto lamentable y triste!
¡Ved los lamentos del funesto abismo,
donde quereis hundirla! ¡Si su estado
no mueve vuestro pecho endurecido,
sois mas que un bronce, impenetrable y digno
de toda execracion!

PEDRO.

En el momento
de aquí salid. El respetable sitio
donde me encuentro, me detiene, y corta
de mi brazo la accion. Mas si atrevido
osareis otra vez...

CARLOS.

El oponerme
á un bárbaro poder, es mi delito;
la voz de la verdad, es solamente
la que os espanta así. Yo la publico
esa santa verdad, hasta la tumba
la quiero defender: y si consigo
perecer, su eficacia sosteniendo,
yo moriré contento de mí mismo.

Amante desgraciada, escucha solo
los justos sentimientos que te inspiro,
cree que el universo todo entero,
no tiene facultad en tu alvedrío.
El voto involuntario que te piden
hará temblar al negro despotismo,
si con firmeza desmentirlo sabes,
puesta delante del altar divino.
Digan tus labios lo que el alma siente,
y dílo sin temblar. Hazle testigo
al mismo Dios de tan cruel violencia:
él la vé, y la reprueba, cuando el vicio
de la ambicion desmoraliza, y pierde
la terneza de un padre hácia sus hijos.
Sí, amada mia; si en el alma tuya
se adquirió algun derecho el amor mio,
dí que nuestros sinceros corazones
en lazo eterno para siempre unidos,
no latirán en nuestros pechos, antes
que ver disuelto nuestro fiel cariño.
Que yo tambien postrado ante las aras,
mi voz uniendo á tu doliente grito,
y á las tuyas mis lagrimas juntando
al alto Ser me quejaré contigo.
Todo es amor en la naturaleza,
y habla en nuestro favor. El Cielo mismo
nuestra justicia aprobará sin duda,
y hallarémos piedad. Yo te lo afirmo,
víctima, como yo, sacrificada
de un padre injusto á el interés impío.
Ya sabes mi intencion. De estos lugares
nada podrá arrancarme. Aquí he venido

á salvarla ó morir.

PEDRO.

Ah, temerario!
Yo me sabré vengar... y aun tengo un hijo,
que si os llega á escuchar...

CARLOS.

Quién? ¿El odioso
cómplice de tan bárbaro delito?
D. Felix? desgraciado, si llegara
á presentarse ante los ojos mios.

EULALIA.

D. Cárlos, qué decís? Esa amenaza...

PEDRO.

No temais de un arrojo desmedido
la necia presuncion: marchad entrambas.

CARLOS.

¿A dónde la llevais? ¿es ya llegado
el espantoso instante del suplicio?
O Dios! En el altar en que la pierdo,
suene la exequia del entierro mio,
y que el suceso de mi triste muerte
quede en la losa sepulcral escrito.
El, contra tan horrenda tiranía,
será escarmiento á los futuros siglos;
si no se irrita el Hacedor Supremo,
y antes que se termine el sacrificio
no hace que el templo se desplome y hunda,
é imponga á los malvados el castigo.

Entra Matilde sostenida de su Madre en el locutorio, y D. Pedro se va por el lado opuesto mirando á D. Cárlos.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

MATILDE sola.

Consiente oirme por la vez postrera...
¿Mas qué esperanza prometerme puedo?
Hizo su plan, y en mi tormento amargo,
conozco que á seguirle está dispuesto.
Ay, infeliz!... el mio es mas terrible!
Un padre? O, Dios! Y mi dolor acervo
desoido, ultrajado, inútilmente
en tristes quejas se lamenta al Cielo?
Madre infeliz! Familia desgraciada!
Yo lo que adoro para siempre pierdo,
y es fuerza decidirme. Si abatida
una esclava encontrar en mí creyeron;
un testimonio intrépido y constante
de mi carácter presentarles quiero.
Si desgraciada la opresion me agovia,
y en mí su brazo descargó de hierro;
él me llevó al sepulcro: él precipita
mi triste vida en el olvido eterno.
Morir... y qué es morir? Muerte mas lenta
será vivir en el terrible encierro
en que gimiendo estoy. Y tú, D. Cárlos,
fiel defensor de mi cruel tormento;
¿puedes sin tu Matilde amar la vida?
Ah! yo sin ti, no tengo otro consuelo
que el de no vivir mas... Pero mi padre...

¡Qué terror se dilata por mis miembros!
Oigámosle: este instante, para siempre
va á decidir de mi existencia el resto.

ESCENA II.

DICHA Y DON PEDRO.

PEDRO.

Me han dicho que Matilde ver desea
á su padre otra vez. Si es el imperio
de una obligacion el que os gobierna,
con gran placer á vuestros ojos vuelvo.
¿Quereis en fin obedecerme? ¿Pudo
de mi razon la fuerza convenceros?
Hablad.

MATILDE.

He deseado que mi padre
vuelva á este sitio de dolor funesto,
y que de nuevo escuche de mis labios
todo el horror que en mis dèsgracias siento.
Quiero decirle que el pesado yugo
que pretende imponerme en el convento
me estremece y me asusta; que la muerte
es á mis ojos espantosa menos
que el *sí* cruel que la violencia arranca
y que maldice el corazon gimiendo.
Quiero decir, en fin, que si el destino
hace que inútil suene mi lamento;
y que si á la coyunda que la imponen
tiene Matilde que rendir el cuello,
su desesperacion la determina

á hacer temblar á sus contrarios mesmos.
Todo debe temerse de mi estado,
pronto á llevarme al postrimer extremo,
á todo estoy resuelta, y vos tan solo
delante del Señor, que me está viendo,
responsable sereis.

PEDRO.

Cuando cumplida
esté su voluntad, vereis que el Cielo
vuestra docilidad bendice y paga.
El mismo entonces os dará por premio
la calma que buscais.

MATILDE.

La calma?... Sobra
la calma en mí... confieso que la tengo,
y con utilidad sabré emplearla.
Solo una reflexion añadir quiero.
Si estubierais bien cierto que el instante
en que á un voto inhumano me sujeto,
si supierais que el punto en que pronuncio
un *sí* execrab'e, que sin fin detesto,
es de mi vida el último, qué hariais?

PEDRO.

Cump'ir con los deberes que tenemos,
no es, hija, no, lo que morir nos hace.

MATILDE

Bien está, ya escuchado lo que debo
esperar y cumplir, dejad que ahora
me pueda retirar unos momentos:
dejad que á solas mi deber medite.
En el penoso estado en que me encuentro,
solo un instante de quietud me falta

para satisfacer vuestros deseos.

ESCENA III.

DON PEDRO solo.

Dia fatal!... Terrible y doloroso
es el combate en que empeñarme siento,
y aunque mi corazon firme se muestra,
no es sin afan que sostenerle puedo.
A cualquier parte que los ojos vuelva,
acusadores y quejosos veo,
y la audacia de un jóven presuntuoso
es la mayor oposicion que encuentro.
Acometido de presagios tristes,
siento que en dudas se atormenta el pecho
mientras constante las ventajas miro
que me da la fortuna en mis intentos.
Mi hija... en sus ojos y en su frente he visto
la desesperacion, y aquel funesto
tono amenazador, que aunque tranquilo,
efecto es siempre del dolor secreto.
Y qué? Pudiera meditar?... Qué angustia!
De un hijo, acaso, el interés me ha puesto
en el mayor peligro. Acaso he sido
demasiado cruel con el tormento
de la infeliz Matilde... El alma mia
se llena de terror. Juicios siniestros
me acosan y me afligen. ¡Quién pudiera
ya que los causa, libertarse de ellos!

ESCENA IV.

DICHO Y DOÑA EULALIA.

EULALIA.

Ay, señor!.. acudid, en este instante
estarán sin remedio combatiendo..
Los vieron salir juntos... Desgraciada!

PEDRO.

Juntos! A quiénes?

EULALIA.

Al Marqués de Orcello,
y Felix nuestro hijo.

PEDRO.

O, Dios! Qué escucho?

EULALIA.

Se han encontrado cerca del Convento,
y el insulto recíproco de entrambos
venganza busca en el mortal acero.
Ya tiempo no será... Corred.

PEDRO.

O, dia!
¿Hay para un triste padre mas tormentos?

ESCENA V.

DOÑA EULALIA sola.

Ah, qué de males á la vez!.. Matilde
suspira y gime, y el fatal momento
se va acercando en que con triste pompa

solemnizarse deberá su entierro.
¡Corazon de una madre, cuánto sufres!
Hijos! queridos hijos, yo no puedo
resistir mas... pero Matilde...

ESCENA VI.

DICHA Y MATILDE.

EULALIA.

¿Tiemblas,
hija querida? ¿Puedo con mi aspecto
causar tu agitacion?

MATILDE.

He aquí un instante
Aparte.
que llena el alma de pavor funesto.
Qué despedida tan atroz! Creía
que me esperaba en este sitio mesmo...

EULALIA.

Quién, Matilde? Tu padre?

MATILDE.

Ah! no, señora,
no mi padre digais: decid primero
nuestro exterminador, nuestro enemigo,
y de mi vida el opresor sangriento.
Todos los lazos que con él me unian
en este horrible instante se rompieron.
¿Quieren que el fin de mi existencia llegue
y que entre angustias muera? Consiguieron
su sanguinario fin.

EULALIA.

Acaso he sido
cómplice yo de tan fatal decreto?

MATILDE.

Ah! no, jamás: vos sois como Matilde
la víctima tambien: sé lo que os debo;
sé lo infeliz que sois, y aun esta idea
es la que mas me despedaza el pecho.

EULALIA.

Desgraciada!... Tú ignoras todavía

Aparte.

de nuestra suerte el espantoso extremo.

MATILDE.

Ay, adorada madre! El sacrificio
se va ya á terminar. Mi á Dios postrero
el fin será de las acerbas penas
que emponzoñaron mi existir funesto.
Hay una despedida, que desea
tambien el alma, y que pedir no debo.
Si yo verle lograra... si mi labio,
ya por la última vez, pudiera al menos...
pero no, no es posible... Algunas veces
habladle, ó madre, de mi amor sincero:
habladle de Matilde.... Vos y él, solos
sois de mi corazon el dulce obgeto,
y por vos, y por él, aunque afligida,
de mi existencia desprenderme siento.
Si, sed vos misma la que anuncie y diga
esta pasion en que abrasar me veo,
ya que mi labio, y los deberes mios
con afan silencioso la escondieron.
Habladle así á D. Carlos. Pero, ó suerte!

¡suerte execrable y bárbara! Debemos
separarnos por siempre. Ante mis plantas
de la tremenda eternidad el seno
se abre, y va á sepultarme.

EULALIA.

No, hija mia,
entre ambas tus dolores repartiendo,
serán menos acerbos; de tu madre
siempre los brazos estarán dispuestos
á recibirte y consolarte... siempre...
Mas mi presencia aumenta tus tormentos,
ó no quieres ya verme.

MATILDE.

Nunca, nunca
madre querida, á vernos volverémos.
Nunca... Ni ya hay remedio, ni es posible
que entendais este á Dios.

EULALIA.

Sagrados Cielos!
Qué quieres anunciarme? Qué espantosa
idea! Qué terror cubre tus miembros?
Qué presagio tan lúgubre? ¿Tu madre
no ha de volver á verte?

MATILDE.

No; en el centro
de mi fria mansion, ya no hay parientes,
y todo acaba en el olvido eterno.
Vivid, vivid al menos mas dichosa
que Matilde vivió.

EULALIA.

¿Dónde el consuelo
puede quedarme, si de ti me aparto?

Ay, Dios! Qué horror! si á entrambos hijos pierdo!
D. Felix..? Nadie viene... mas qué miro?
pálido el rostro, y de tus ojos bellos
marchito el explendor. ¿Matilde mia,
qué sientes? qué te agita?

MATILDE.

O, Dios Ererno!
La muerte llega ya. Madre querida,
perdonad, perdonad, el triste extremo
de desesperacion que en el sepulcro
me anonada por siempre. No hay remedio,
y lo debeis saber. Juzgué que solo
testigo fuera de mi fin funesto
mi sangriento opresor, pero el destino
á mayor mal me reservó muriendo.

EULALIA.

Matilde!..

MATILDE.

Sí, sabedlo. Por mis venas
cunde el estrago del mortal veneno
que con ansia bebí: cunde, y conozco
que la muerte se acerca por momentos.

EULALIA.

Un veneno? Buen Dios!

Tira de la campana.

MATILDE.

En vano, en vano
el auxilio implorais. Ya no hay remedio,
cierto es el fin de las desgracias mias.

EULALIA.

Acudid, acudid... O, Dios inmenso!
Aun faltaba este horror!

ESCENA VII.

MATILDE en la misma situacion, DOÑA EULALIA, DON PEDRO, y algunas Monjas que rodean y socorren á Matilde.

EULALIA.

La veis?

A Don Pedro.

PEDRO.

Inútil
fué, señora, mi afan. No los encuentro...
Pero qué es esto?... Vuestro llanto...

EULALIA.

O dia!
Dia de execracion! Ved el suceso
mas espantoso y lúgubre. Matilde,
Matilde espira... Al proferirlo tiemblo.
Vuestra hija va á morir envenenada.

PEDRO.

O, justicia de Dios! Y es cierto? es cierto?
y mis ojos lo ven?

ESCENA VIII.

DICHOS Y DON PRUDENCIO.

PRUDENCIO.

¡Desventurados
padres! á hablarles casi no me atrevo!
Respeto vuestras lagrimas amargas;

cayó en vosotros el rigor del Cielo,
y ofreçerle debeis vuestros pesares.

EULALIA.

Llegad, señor, venid: compadecednos,
contemplad nuestra bárbara desdicha,
con nosotros gemid: vedla muriendo:
vedla exhalar el último suspiro;
ved el objeto horrible de un veneno.

PRUDENCIO.

O horrible escena! y cuando yo venia
á anunciaros..;

EULALIA.

Ah, Señor! Ya os entiendo
no tengo hijo tampoco....

PRUDENCIO.

Desgraciada!
Iba D. Cárlos por do quier siguiendo
la triste voz de su aficion severa,
ansioso de encontrarle. Antes empero
inflamado en deseos de vengarse,
halló á D. Felix, el Marqués de Orcello;
cuando llegó D. Cárlos, vuestro hijo
(por honda herida traspasado el pecho)
dejaba de existir, al Dios piadoso
de sus errores el perdon pidiendo.

ESCENA IX.

DICHOS, DON CÁRLOS precipitado dirigiéndose á DOÑA EULALIA.

CARLOS.

Ah! ¡cuántos males y desdichas vienen
á hacerme hoy infeliz! Quiso mi esfuerzo
la desgracia evitar, pero fue inútil,
y el llanto de Matilde vengó el Cielo.

La escena está dispuesta de manera que hacia un lado del teatro se vea á Matilde en un sillon, teniendo á su madre á la derecha, y apoyada en ella, mientras al otro lado la asisten algunas monjas. A la otra parte estará D. Pedro, con la aptitud del abatimiento mas terrible. D. Prudencio cerca de D. Pedro. D. Cárlos se coloca de modo que venga á estar en medio del cuadro para girar libremente, segun lo exija la situacion y vehemencia de sus resentimientos.

MATILDE.

Ah, D. Cárlos!..

CARLOS.

Qué voz escucho?
Ella me llama! O Dios! Pero qué veo?

MATILDE.

Mira á Matilde, que constante muere.
Yo te amaba, D. Cárlos. En mi pecho

tú imágen se grabó, y hasta el sepulcro
va conmigo mi amor. La muerte al menos
no es tan terrible ya, si el labio puede
decirte sin rubor mis sentimientos
por la postrera vez.

CARLOS.

Y tú me amabas?
y tú mueres, Matilde? O, desconsuelo!
O desesperacion!

MATILDE.

Mortal bebida
término impone á mi feroz tormento.
La eternidad me llama, hermanas mias;
las que mirais el lastimoso extremo
de vuestra moribunda compañera,
las que de un espectáculo tan fiero
testigos sois, compadeced mi angustia,
y hácia Matilde conservad al menos
un recuerdo de amor. Y vos, ó tumbas
que allá guardais en vuestros frios huesos
los restos de otras víctimas funestas
que pena igual á mi dolor sintieron,
abríos ya, y la estancia del olvido
hunda á Matilde en el eterno sueño.
Dios! . recibe mi espíritu... Perdona
á mi engañado padre... Abreme el puerto
de la felicidad... Recibe y oye
la humilde voz de mi arrepentimiento.

CARLOS.

Ay Matilde! Ay mi bien! Nadie es bastante
para lograr que en el postrer extremo
me separe de ti... Por ti he vivido,

y por ti moriré... Llegaos fiero
tirano de estos míseros, gozaos
en el fúnebre trance en que nos vemos.
La obra es vuestra; venid, ved vuestros golpes,
ved esos ojos, que de sombra llenos
van á apagarse, y á su fin se acercan,
para una eternidad. Ya nunca el eco
escuchareis de la plegaria suya:
ya jamás la vereis á los pies vuestros
implorar y gemir. Ya habeis logrado
el escándalo ser del universo.
O Dios! Tú, que premiando las virtudes
eres con los tiranos justiciero;
Tú, que ves esta víctima infelice
muerta en el claustro por el duro exceso
de la paterna autoridad: Dios mio!
Tú que ves mi dolor, y ya en tu seno
á mi Matilde recibir quisiste;
venga los males que en el alma siento,
véngalos, y que al menos, tu justicia
á los padres tiranos dé un egemplo;
haz que el autor de tan cruel desgracia
de horrible angustia y de terror cubierto,
viva de todo el mundo abandonado
y aborrecido muera sin consuelo.
Sí, cruel; Dios me escucha; y Dios es justo;
él, mi tormento y mis desdichas viendo,
mostrará su piedad en favor mio,
si con Matilde y á mis manos muero.

Quiere atravesarse con la espada, y se lo impide D. Prudencio.

PRUDENCIO.

Tened, D. Cárlos... Basta de delitos.
No el número de víctimas creciendo
aumente tanto horror. ¡Cual os destroza
A Don Pedro.
la tarda voz del arrepentimiento!

PEDRO.

Infeliz! ¡A qué precio tan terrible,
ó justo Dios, mi desengaño adquiero!

FIN.

En la misma librería se hallan de venta las comedias y tragedias siguientes.

Bruto, ó Roma libre.
La Viuda de Padilla.
Idomeneo.
La Condesa de Castilla.
Zorayda.
Pelayo.
El Imperio de la verdad, ó el Sepulturero.
La Filantropía, ó la reparacion de un delito.
Motezuma.
El Hombre gris, ó sea el Ceniciento.
El Lord Welington triunfante, ó la batalla de los Arapiles.
La Alvira americana.
El Aguador de París.
El Viejo y la Niña.
El Baron.
La Misantropía.
El Sí de las Niñas.
El Calderero de San German.
El Dómine Lucas.
Las Minas de Polonia.
Lo Cierto por lo Dudoso, ó la Muger firme.

El Delincuente honrado.
Amor y virtud á un tiempo.
Caprichos de amor y celos.
El Médico á palos.
El Defensor de su agravio.
El Mágico de Salerno, cinco partes.
El Pintor fingido.
Polinice, ó los Hijos de Edipo.
El Rencor mas inhumano de un pecho aleve y tirano, ó la Condesa de Genovitz.
El Sordo en la Posada.
El Triunfo del amor y la amistad Jenwal y Faustina.
Fatme y Selima.
La Inocencia triunfante.
La Nina. *Opera.*
Raquel.
Las Cárceles de Lemberg.
Las Mocedades de Enrique V.
Las Víctimas del amor Ana y Sindhám.
Otélo, ó el Moro de Venecia.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Sueños hay que lecciones son, ó efectos de un desengaño.
Vida y muerte del Cid, y noble Martin Pelaez.

El Sueño.
La Noche de Troya.

Piezas en un acto.

Qué es Constitucion.
Á Pícaro, Pícaro y medio.
Areo, Rey de Armenia.
Armida y Reynaldo, dos partes.
Doña Inés de Castro.
El Abate enredador.
El Amor constante.
El Atolondrado.
El Músico Manía.
El Dia de Campo.
El Esplin.
El Negro sensible.
El Traidor Tiñitas.
El Usurero burlado, ó la batalla fingida.
El Vellon de oro.
Hércules y Deyanira.
Hércules y Neso Centauro.
La Andrómaca.
La buena Esposa.
La Escocesa Lambrum.

La Familia indigente.
La Florentina.
La Librería.
La Pérdida de España.
Raquél.
La Restauracion de España.
La Señorita displicente.
La Vieja enamorada.
Las Hermanas generosas.
Las Tramas de Garulla.
Los Amantes de Teruel.
Marco Antonio y Cleopatra.
Polixena.
Safo.
Séneca y Paulina.
Telémaco en la isla de Calipso.


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm